

## Juárez: símbolo democrático de América

(Es un editorial de *El Nacional*, México, D. F. Envío de Carlos Jinesta)



Benito Juárez

(Hacia 1862)

El 21 de marzo, natalicio de don Benito Juárez, puede ser escogido como Día de la Democracia en América. Hay abundancia de razones para ello. Ninguno de los héroes representativos de nuestras nacionalidades hispanoamericanas surgió de más hondo, de la sombra entraña misma de las razas destrozadas por la conquista y esclavizadas por el coloniaje. Pocos lucharon por mayor tiempo y con mayor perseverancia contra la adversidad de su propia condición y contra el ambiente sobrecargado de potencias hostiles a su existencia y a su ideal. Y ninguno casi de quienes pueden compararse, fué apremiado por el destino con decisiones más trascendentes, habiendo ganado el laurel definitivo con sobria serenidad nueva. Este fué el hombre; lo más grande que él mismo, es el impulso racial que le infundió inquebrantable voluntad de liberación, para intentar terminar de una buena vez con los resabios de servidumbre medieval que aún restaban de la colonia, al quebrantar con las Leyes de Reforma el poder económico y político de la Iglesia, los fueros, privilegios y exenciones en que se atrincheraba una tradición funesta de absolutismo. Mas en honor de Juárez queda aún por decir lo más importante: en un tiempo decisivo para la vida de nuestro continente, cuando por el norte cruzaban aún los cimientos de las instituciones jeffersonianas, y por ambos flancos del sur retornaban las flotas agresivas de una hispanidad reconquistadora, que se valía —como aún se pretende hoy— de los trastornos mundiales para hacer resonar a los oídos de nuestros países las antiguas cadenas, entonces Juárez, que encarnaba ya la modernización liberal de México, acepta solo, casi inerte, afirmándose no más en la carne de sacrificio del pueblo, el reto del en su tiempo más poderoso ejército del mundo, que traía como regalo a México la más añeja y prestigiada tradición monárquica europea.

Pocos paralelos más atrayentes y ejemplares

por su contraste que el de Maximiliano y Juárez. A toda la prepotencia de su origen imperial y de sus títulos, de su alta cultura y de la fuerza en que se apoyaba, han de agregarse para colmo avasallador del Hapsburgo, la consagración religiosa de su cruzada y el halo popularizador de lo que llamaríamos hoy una personalidad fílmica.

Austero, modestísimo, en escasez propia y miseria pública, limitado en largas etapas de la guerra de intervención a su círculo de fieles y al territorio que pisaba, Juárez acaba victorioso, ganando incondicionalmente la partida, e imponiendo en el Cerro de las Campanas, una de las sanciones que más conmueven las páginas históricas. Y su energía era una sola: Juárez llevaba dentro de sí la directriz de su tiempo, la orientación de la humanidad, el signo de los tiempos nuevos; era el abanderado de la república democrática, fórmula del gobierno justo del porvenir para todos los pueblos, en contra del monarquismo concentrador de todos los errores del pasado. Por ello, Juárez no es ya un precursor, un personaje de tragedia, anunciador de redenciones futuras, es un realizador del triunfo del pueblo, hasta el límite que era posible en su época; y el continente lo reconoció bien, al renombrarlo Benemérito de las Américas.

Hallamos con frecuencias pruebas admirables de que en Juárez las repúblicas latinoamericanas han comprendido el símbolo de su permanente liberación. Muy recientemente, un ilustre maestro costarricense lo evocó ante su pueblo en esta pregunta: “¿Y aquella estatua de Juárez con que soñó Martí? Ningún escultor mexicano la ha realizado todavía. Juárez, sentado en la roca de crear, con las manos firmes en las rodillas, y la mirada fija en la mar

terrible, por donde llegan las ideas y el progreso, pero también por donde vienen los invasores extraños, convenidos con los malos hijos de la Patria que la entregan o la venden para esclavizarla. El Juárez martiano, es guardián impenetrable de América, y allí está, hoy más vigilante que nunca, porque codicias, astucias y maldades propias y extrañas nos acechan”. Así vive Juárez, en el mármol purísimo del pensamiento de los héroes que como el apóstol de Cuba surgieron tras él en suelo continental, y evocado por los maestros que, como García Monge, tienen el respeto de la actual generación.

Renovadas furias destructoras kómpense hoy contra las playas del continente, y contra el granito de la idea democrática. México, en sus últimos decenios, ha permanecido lúcidamente fiel a la significación de Juárez, revigorizando con su impulso revolucionario los principios de la independencia y de la reforma, principios que han sufrido ya la prueba del tiempo, y la extensión con naturales variantes a otras naciones y razas. El Plan de Ayutla, la Constitución de 1857, son eslabones vivientes de nuestra actual legislación revolucionaria. Juárez pulverizó a quienes trabajaban contra su época y contra el progreso de la Humanidad, y por ello su labor perdura y su ejemplo sigue engendrando liberaciones. Los totalitarismos que han recogido y concentrado todos los desechos de la injusticia y del odio conservador contra la libertad y el progreso, han intentado también socavar con mentiras burdas el bronce del indio oaxaqueño. Pero este bronce que hoy resplande en estatua, puede siempre volver a estallar en explosión de heroísmo: siempre que es preciso luchar por los fueros del pensamiento libre, por la dignidad soberana de los pueblos y por la igualdad integral de los hombres.

## Escuela José Martí

(De *La Tribuna*, San José de Costa Rica, 24, marzo, 1942)

Que haya batir de palmas sobre las playas de Puntarenas!

Hoy nace al encanto de sus aguas una escuela secundaria: la de *José Martí*. Evoca este nombre el recuerdo enmarcado en el fondo de una maravilla: Cuba. Pero también el de América. También el del Hombre de América y del Mundo, el Homagño venturoso, que sólo es y será “sin ventura” mientras le falte la libertad.

Nace esa escuela a la generosa influencia del Sol en Aries, cuando azulean los ojos de la Primavera sobre la Tierra.

Póngase en alto el ánimo; sea incesante el esfuerzo: sírvales de ejemplo José Martí.

Ante todo, enseñad a leer y a pensar y a mirar bien las cosas.

Dice Martí: “Saber leer es saber andar”. Sí, saber andar a través del entendimiento ajeno, a la luz de nuestro propio entendimiento. Leer es recoger en los campos ajenos las mies que es nuestra para atesorar en nuestro propio alfolí. Ya se cuajaba en embrión dentro de nosotros la flor de belleza o el fruto de verdad que seduce nuestra admiración en el huerto de los otros.

Saber pensar es leer en la luz de nuestra recóndita sabiduría; es echar cubo sediento y vacío en el inagotable manantial que clarísimo refleja todos los hechizos de la naturaleza y del hombre

en nosotros. El pensador es necesariamente creador.

Saber mirar bien las cosas es aprender a interrogarlas para escuchar sus casi inaudibles voces que nos dan la respuesta anhelada. Son elocuentes las cosas y todo se lo dicen a quien las interroga con amor y constancia.

No os preocupéis por enseñar. Inspirad. Sea vuestra palabra evocadora de resoluciones. No pretendáis dejar ideas, sino decisiones de la voluntad al servicio de las ideas. Ser creador de grandes resoluciones moldeadas por un vigoroso ideal, es labor del Maestro. El instructor informa.

Parece que el Maestro todo lo supiera. Es que su amor de verdad o de belleza o de bondad lo exaltan y entonces la inspiración le aporta de todos los rincones del Universo, reflejado en él, todos los conocimientos que su voluntad conjura.

Sobre todo, amor, que engendra y que fertiliza, que ahonda y que arraiga, sin esclavizar.

La piedra de la honda, después de girar en torno del brazo, parte derecha a su blanco. Así la palabra que se dice con amor, para quien tiene el corazón sensible. Lo que aprende el corazón es cuanto siempre se recuerda. Suele la mente parecer que olvida. El corazón jamás.

R. BRENES MESÉN